

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

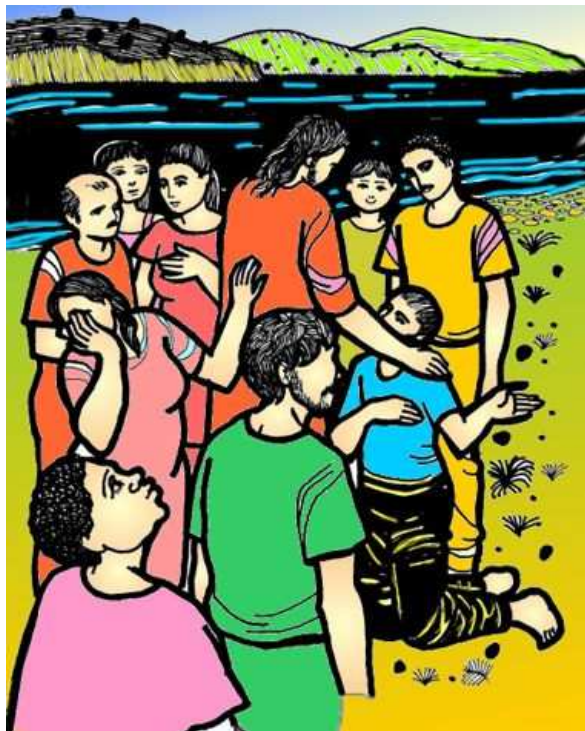
1ª lectura (Sabiduría 1, 13-15; 2, 23-24): *Dios creó al hombre para la inmortalidad.*

Salmo (29, 2 y 4.5-6.11 y 12a y 13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

2ª lectura (2ª Corintios 8, 7.9.13-15): *Distinguíos por vuestra generosidad.*

Evangelio (Marcos 5, 21-24.35b-43): *No temas; basta que tengas fe.*

Dos tipos de preguntas acompañan al ser humano. No hay que provocarlas, pues surgen ellas solas; el tiempo y la vida misma, en mayor o menor medida, se encargan de ponerlas ante nuestros ojos. Unas son las preguntas que tienen que ver con la enfermedad; las otras, las que tienen que ver con la muerte; o, por qué no, las dos juntas.



Por ser preguntas que nacen de la vida, no de la curiosidad o de la inquietud intelectual, van con nosotros, independientemente de la cultura, de la edad o del paralelo geográfico en el que se hagan. Se preguntan y buscan respuesta los esquimales de Alaska, los bosquimanos de África y los blancos y sonrosados europeos. La respuesta no es única hoy, tampoco lo fue con anterioridad ni lo será en el devenir que acompaña la aventura humana. Las personas tenemos distintas posiciones ante la vida, la enfermedad y la muerte; ante el éxito o el fracaso; ante el sentido o el sinsentido de todo lo que nos afecta.

*No se plantea de la misma forma la vida aquel que ha resuelto no creer en nada más allá de lo que sea palpable y evidente, que aquel que se abre a la trascendencia, y cree en la existencia de Dios. No faltan quienes aceptan vivir discretamente, como si Dios no existiera, aunque no han solucionado el dilema; otros no se lo preguntan y siguen mirando hacia adelante, como si nunca tuvieran que enfrentarse a Él. **¿Qué decir de los creyentes?** No se lo plantea de la misma forma el que ve a Dios como el enemigo del que esconderse, o reivindica sus derechos y el que lo ve y lo siente como el **«Padre»** que te acompaña, te aconseja al oído, que también, a veces, se disgusta por tus decisiones, pero que siempre está ahí, a tu lado, queriendo lo mejor para ti y los tuyos.*

*La fe tiene que afrontar grandes cuestiones humanas. De hecho, las afronta. No vale una fe que huye ante las preguntas incómodas, o que dice: **“no sé qué contestar”**. La fe tiene sus respuestas, que en el caso de la fe cristiana no provienen de complejas deducciones filosóficas, sino de la escucha atenta, obediente y acogedora de la **«Palabra de Dios»**.*

*Ante el dolor, la tragedia y la muerte, el creyente se aferra a la tierra, se mete en la dolencia humana, y busca una palabra de luz y de esperanza en Dios. La fe no actúa como **“cataplasma”** que aminore el dolor, sino que le da sentido a la luz de la persona de Jesús,*

el Hijo de Dios, muerto y resucitado, a quien contemplamos como «Señor» de nuestra vida.

Ante el hecho de la muerte, cada uno de nosotros tenemos que afrontar una serie de momentos que importan en nuestra vida. Aunque sea esperado el desenlace, tras una enfermedad, el momento del anuncio es tremendo. Reaccionamos de forma distinta según nuestra relación de familiaridad o de amistad con la persona que ha fallecido. No hay dos muertes iguales, ni hay dos circunstancias semejantes, ni tampoco hay reacciones similares. Cada persona es única, y las reacciones que suscita ante los que reciben la triste noticia son muy diversas.

El recuerdo forma parte del duelo. Toda una historia se despliega ante el anuncio de que *“¡ya no está con nosotros!”*. ¿Cómo era, qué hacía, qué le gustaba, qué cualidades tenía, cómo reaccionaba ante las circunstancias, cómo nos acompañaba...? Es inevitable recordar sus rasgos humanos, únicos, distintos y distintivos. Era uno como nosotros, pero era distinto a todos nosotros. Todos quieren decir unas palabras. Unas veces son más acertadas, otros se expresan torpemente; algunos quieren justificar lo injustificable, otros optan por los gestos y el silencio; unos apelan a Dios, otros lo evitan conscientemente.

En todo duelo el corazón es el protagonista. El corazón se rompe de dolor y el corazón habla más que la inteligencia. Por el corazón van pasando los recuerdos, aunque no sea el órgano de la memoria; por el corazón van pasando las emociones, aunque no sea el órgano que administre los sentimientos; por el corazón pasan las preguntas y los reproches, aunque no sea el órgano de la inteligencia. Por el corazón pasa también el mundo de la fe.

«No está muerta, está dormida». Las palabras de Jesús provocan la risa de los que le rodean. Para los ojos de la carne es una necedad; para Jesús, el ser humano no acaba su historia en esta tierra con una sentencia de destrucción. Jesús anuncia que la muerte es paso a la vida plena que nos da Dios. La fe no niega el valor de esta vida sino que la bendice y la promueve; además, la fe afirma que la vida no desaparece con el cuerpo.

El libro de la Sabiduría apunta, aunque sea aún de forma incompleta, hacia la inmortalidad. Jesús nos habla de *«dormir»*, no de *«desaparecer»*. La muerte y resurrección de Jesús dirán la palabra última y definitiva. Creemos en el Dios de Jesús, que es el *«DIOS DE LA VIDA»*, con mayúsculas, no el *“diosecillo impotente de una vida reducida”*, todo con minúsculas.